CAROLINA SOUTO GODOY

EL ENCAJE BLANCO Y NEGRO



Áurea Ediciones

© Carolina Souto Godoy
Sello: Nenúfares
Primera edición: Junio 2024
© El encaje blanco y negro
Edición general: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Camilo Palma
Corrección de textos: Gonzalo Léon
Diagramación: Marcela Bruna
Diseño de portada: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN:
Registro de Propiedad Intelectual: 2022-A-7195

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

Dedicado a mi madre, que con alma
de niña amó siempre a todas las muñecas…



Alégrate si al cabo de un tiempo te miras al espejo
y no encuentras tu rostro, agradece si el reflejo
te muestra a alguien diferente, una i
magen imprecisa de ti. Tal vez es algo
transitorio, y sea mejor que perderse
y no volver nunca más.



Capítulo 1



Cuando era pequeña, recorría los alrededores de la casa de campo de mi abuela paterna. El galpón no estaba lejos, y era un lugar donde acostumbrábamos a jugar con mis primos cuando nos reuníamos los fines de semana o en vacaciones. Era un lugar que olía a animales, porque ahí se guardaban cerdos y gallinas. También lo utilizaban como espacio para guardar los sacos de trigo luego de las cosechas, y era para nosotros muy divertido saltar sobre los costales, lo que por supuesto no estaba permitido y siempre nos arriesgábamos a reprimendas de mi papá o de mis tíos.

Puedo ver en mi mente el techo alto de ese depósito, la madera oscura y vieja tratada con aceite de linaza o alguna sustancia que no conozco. La calavera de una cabeza de caballo justo arriba en la parte más alta de la entrada, cráneo del que inventamos tenebrosas historias con mis primos y mis hermanas.

Muchas veces fui sola a ese galpón. Una caja de madera que parecía un ataúd pequeño, reposaba en el suelo de tierra cerca de las chancherías. Me veo varias veces entrando en esa caja y cerrando la tapa, mirando por las rendijas cómo se filtraba el sol y pequeñas par-

tículas de polvo flotaban en el escaso aire adentro. Me gustaba mirar esos puntos brillantes, me hacían sentir que eran mágicos, porque el sol se reflejaba en ellos, astro al que siempre percibí como un ser esplendoroso.

Me gustaba estar sola. No es que no disfrutara de jugar con los demás. Pero algo me hacía querer estar lejos del resto, disfrutando de mi tiempo y el silencio...

Una niña blanca y de cabello rubio, con lindos zapatos acharolados aparecía constantemente ante mí. Pero no era de este mundo, o de ese tiempo, cosa que al parecer yo no notaba o tal vez no me importaba. Mi familia me vio jugar y hablar con ella muchas veces, en una escena loca y tétrica que erizaba los pelos de quienes me observaban.

Vivimos varios años en la casa de mi abuela, siempre junto a bastante gente debido a que ella tenía nueve hijos, además de mi papá, casi todos viviendo en la misma casa. Eran todos de muchos amigos, a los que se sumaban visitas frecuentes de familiares de Santiago y vecinos de parcelas colindantes. Fui siempre la hija más tranquila, la que pasaba más desapercibida. Mis hermanas fueron niñas más interesantes: la mayor era un torbellino, de cabello oscuro y rizado, ojos saltones y cara traviesa, de energía desbordante y a veces incontrolable. Había algo malvado en sus primeros años y mi madre llegó muchas veces a tenerle miedo. La menor era una niña hermosa, de ojos grandes y almendrados, piel rosada y cabello con brillantes bucles negros, su cuerpo redondo y piernas rollizas, enternecía a todos con sus gestos tiernos, con su tartamudez y sus palabras

mal pronunciadas.

Yo al lado de ellas era una sombra apenas perceptible; nunca fui hermosa ni especial como mis hermanas. Ellas se convirtieron en mujeres muy inteligentes, grandes mujeres, admirables. Cada una en su estilo, son de esas féminas que marcan presencia, que son líderes y que con sus ideas guían al resto. Mujeres con opinión, con ideas claras. Me pasa frecuentemente que las miro y me siento una pequeña hormiga.

Mis hermanas crecieron como niñas normales y se adentraron en la pubertad a paso seguro. Habiendo tenido una infancia plena, se encerraron en los capullos de la adolescencia llenas de ideas y sueños y resurgieron como mariposas. Prontamente sus siluetas desbordaron belleza, que traía consigo la seguridad que toda mujer posee en su interior. Pero no fue mi caso. Algo genético estaba programado de una manera diferente, mi capullo seguramente estaba defectuoso.

Aunque siempre me sentí diferente, a mi alrededor no faltaban las compañeras de escuela que querían ser mis amigas, pero eso muchas veces me asfixiaba, así que prefería la soledad. A pesar de mi naturaleza solitaria, logré entablar amistad con una de las niñas que iba a mi clase, curiosamente fue cuando preparábamos una obra de teatro llamada Muñecas. Yo era muy apegada a juegos con muñecas, de diferentes tipos, pero mi amiga creció rápido, y mientras ella miraba compañeros de curso, yo pensaba en llegar a mi casa y abrir el canasto que contenía las más de cincuenta muñecas que reunimos a lo largo de la infancia con mis hermanas,

con las que jugué muchos años, hasta que mi hermana menor se cansó de sentarse conmigo a imaginar aventuras y fue en busca de sus propios episodios con sus nuevas amigas del liceo.

Sí, ya era grande, era momento de dejar las muñecas, tal como lo habían hecho ellas y todas las demás. Pasaba de los diecisiete años y había que dar paso a nuevas etapas, pero no era fácil para mí. Cuando jugaba, entraba en un mundo imaginario que producía en mí una felicidad absoluta. Las últimas muñecas que tuve, y a las que estuve más apegada, fueron barbies, no de las auténticas, pero del tipo *mujer curvilínea*, de esas a las que les quedaba bien tener mucha ropa, tanta como fuera posible. Mi mamá cosía y creó para mis muñecas innumerables prendas que yo guardaba en un bolsito de género verde con rosado, creo que también hecho por ella. A veces pienso que, en esos años, tan importantes de niña-adolescente, los cambios que esperé en mi cuerpo y que nunca ocurrieron, los veía en mis barbies: altas, acinturadas, con curvas de mujer, con actitud desenfadada y llenas de planes. Así podía vivir a través de ellas y olvidar que cuando me miraba al espejo en las mañanas, era la niña huesuda, andrógina y desgarbada que odiaba ser.

Uno de mis muñecos, mucho más anterior a esas muñecas, se llamaba Diego, y era uno de esos *nenucos*, un bebé, que a las niñas nos gustaba abrazar y cuidar. Lo esperé mucho y lo quise infinitamente, hay muchas fotos en las que salgo cargándolo.

No sé si se deberá a que todas las madres, o la ma-

yoría, conocen muy bien a sus hijos, o a que tienen quizás una bola de cristal a la que consultan cada día por nosotros, o un tercer ojo, un sexto sentido… no lo sé. Pero creo que mi madre siempre vio que yo era diferente a mis hermanas, puesto que, cuando fuimos universitarias, regaló todas las muñecas que ya después ni cabían en el canasto y andaban dando vueltas en la despensa. Pero, a pesar de que mi mamá sucumbía ante la realidad de niñas más vulnerables y regalaba siempre todas nuestras cosas al punto de quedarnos casi sin recuerdos, nunca regaló a Diego ni a mis barbies.

